

Susurros del corazón

Serena Arci

Si un corazón roto se puede enmendar... que
me arranquen el mío y lo remedien.

Susurros del Corazón

Serena Arci

Capítulo 1

"Si un corazón roto se puede enmendar... que me arranquen el mío y lo remedien".

Corrí tan rápido como pude y saqué temblorosa las llaves de mi bolso para abrir la puerta del auto que estaba estacionado sobre la cera. Quitó el seguro, jalé la manija y me metí en él. Mis manos humedecidas no se desprendían del volante, mi corazón sumergido en el llano del dolor latía con tanto frenesí que intuí que había enloquecido. Aunque el tintineo de las gotas de lluvia había bañado mi ser, no pudo siquiera librarme de aquel profundo sentimiento.

¿Por qué me detuve? ¿Por qué me negué? ¿Por qué tuve que pensar en él? ¿Por qué Dios mío, por qué? Respiré hondo, tragué saliva, sabía que solo bastaba mirarlo para que todas aquellas emociones lejanas que un día habían llenado mi ser, y que, se habían alojado en lo más recóndito de mi corazón floraran con tan solo un suspiro. Lloré en silencio... no era correcto lo que sucedía en mí, no era correcto este sentimiento profano si mi cuerpo y alma pertenecían a alguien más. Inquieta y agitada miré por el retrovisor y ahí estaba él... De pie, solo, y en la oscuridad de la noche, viril y bañado con la misma lluvia que no había sido capaz de librarme de su aroma. Su silueta semi desnuda estaba plantada sobre la cera y dirigía la mirada hacia mí. Rogué en silencio que volviera al departamento y dejara de confundir a mi tonto y estúpido corazón. Más no fue así, el muy malvado con paso decidido se encaminó hacia mí.

Si hubiese una mujer tan enamoradiza como lo soy yo, le daría ahora mismo una cachetada para que recobrarla cordura. Pero no, jamás lo ha habido y jabas lo habrá porque esa mujer enamoradiza sería yo. Cursaba el segundo año de la universidad cuando conocí a el hombre más apuesto de toda mi vida. Richard, fue el primer hombre en mi vida y que entró de lleno en mi corazón. Era el chico más alegre de la clase de literatura y a quien todas mantenía embobada con su silueta y su estupenda personalidad. Su imponente figura, su cuerpo atlético, su grandiosa sonrisa, esos ojos enormes y aceitunados que sobresalían por debajo de aquella ceja tupida. Su piel blanca y su cabello oscuro habían robado mi atención, aunque claro, jamás se lo hice notar.

Una mañana de primavera se aproximó a mi pupitre mientras yo acomodaba las hojas de mi último proyecto de literatura. Con amabilidad

solicitó atento los apuntes de la clase ya que había brillado por su ausencia en esos últimos días. Cuando mis ojos marrones se elevaron y se perdieron en sus ojos, supe que estaba perdida. Desde aquel instante algo en mí floreció y nunca jamás se atrevió a desvanecer. Tiempo después me invitó a salir y como una tonta alegre acepté. Fuimos al centro de Nueva York, y a mitad de la película, en la oscuridad de la sala, me besó tierna y pausadamente. Qué sensación afloró de mi ser y qué sentimiento tan profundo me embargó el alma. Por un instante me imaginé que estábamos en aquel rodaje fílmico y tanto él como yo éramos los protagonistas de aquella satírica historia. Con el pasar de los meses creí que estábamos hechos el uno para el otro, pero había hablado demasiado pronto, ya que, seis meses después de llenarme de entrañables recuerdos y grandiosas caricias, lo descubrí en brazos de otra. Lloré en silencio entre los pasillos de la facultad, sabía que alguien como él no podría tomar en serio a una chica como yo. ¿En qué había pensado?, ¿cómo pude enamorarme así tan fácil de él?, ¿cómo pude caer presa de su ser? Di media vuelta sin que él me notara y marché al aula. Aunque mil y una vez intentó abrazarme y saborear mi boca yo me negué.

—¿Qué sucede, Emily? —musitó—, ¿por qué me rechazas...? ¿A caso ya no te gusta?

—¡No! —declaré tajantemente—. Y no quiero que me vuelvas a dirigir la palabra en lo que te resta de vida. ¿Me has escuchado? ¡Jamás!

Abandoné el salón tan rápido como pude mientras todos incrédulos ponían sus ojos en mí. No me molestó ser la comidilla de todos ellos porque sabía que tarde o temprano sus cuchicheos se volverían a otro.

Los años volaron y di vuelta a esta página tan dolorosa que había sacudido mi vida. Al final del ciclo, y después de la ceremonia de graduación, me despedí de todos ellos e incluso de él.

—Felicidades, Richard —revelé mientras sonreía—. Espero que encuentres trabajo pronto ya que fuiste uno de los mejores de la clase y sé que te aguarda un gran futuro.

—¿Hablas en serio? —elevó incrédulo su ceja.

—¿Y por qué crees que no lo haría?

—Todos estos años has evitado cruzar palabra conmigo y apenas si lograba llamar tu atención. ¿Dime, qué te motivó hacer lo contrario?

—Solo quería hacerlo y ya —fruncí el ceño—, simplemente es eso... Adiós, Richard.

Me acerqué a él para despedirlo con un beso en la mejilla, pero él con un movimiento audaz me sujetó por el talle y cogió mi barbilla.

—Adiós, mi querida Emily. Recuerda que yo siempre te llevaré en el alma... —y me robó un beso de mi boca.

Nuevamente sacudió mi mundo y este sentimiento insano se apropió de mí. Quise apartarme de él, pero mis labios me traicionaron y se volvieron incautos de sus deseos. Cuando por fin se apartó de mí, abrí mis ojos incrédula y contemplé su grandiosa sonrisa.

—¡Jamás te lo perdonaré! —exclamé.

—¿Y quién dijo que buscaba tu perdón? —sonrió maliciosamente—. Esto es algo que me traerá de vuelta aquí y por eso te lo agradezco.

Di media vuelta y palpé mis labios. Sabía que algo parecido podría suceder con él e incluso así me aventuré, cómo pude caer de nuevo.

Jamás miré hacia atrás y continúe con mi vida.

Dos años más tarde conocí a mi futuro esposo, Nathan, era un hombre maravilloso que poseía una sonrisa picarona, tenía unos ojos marrones que cada vez que los posaba en mí revelaban un inmenso cariño y con ello me hacía sentir amada. Su cuerpo escultural y su cabeza estaba repleta de saber. Cosa que sin lugar a duda me atrajo. Cada vez que salíamos de paseo me narraba detalles fabulosos e incluso me llevó consigo a un baile que remembraban la época del romanticismo. En la parte alta del castillo de Lyndhurst, entre las luces candentes de la noche y parejas danzantes me pidió fervientemente que fuera su mujer. Ahí di mi sí y ocho meses más tarde celebramos la unión. Los siguientes seis años fueron buenos ya que recorrimos el mundo y en el último año después de visitar París vino al mundo el pequeño Steve.

Un año más tarde recibí un mensaje de texto de una compañera de antaño y en donde me invitaba a una reunión de exalumnos de la facultad. Por lo cual y muy alegre acepté.

El día llegó y yo asistí feliz. Charlé con todas mis amigas y algunos excompañeros del colegio que fueron muy atentos conmigo. Hablamos de nosotros y lo que había acontecido con nuestra vida; de cómo para algunos fueron años dolorosos y cómo para otros habían sido prósperos. Supe de boca de una de ellas que Richard había ido a la guerra y corría el rumor de que probable que no asistiera a la reunión. Muchas mostraron su descontento, pero yo agradecí en mi interior por ello. Sinceramente no quería toparme con él.

—Qué pena lo de Richard, ¿no te parece, Emily?

—Sinceramente no me apena —declaré alegre—. Seguramente tiene asuntos importantes que resolver por allá.

—¿Allá?

—Sí —afirmé—. Allá en Irak.

—Emily —sonrió y soltó la lengua—, hace tiempo hablé con Richard y me pidió que no contara lo que estoy a punto de revelar...

—¿Hablaste con él?

—Sí — me apartó del grupo—, mi hermano estuvo a su cargo y un día lo invitó a comer con la familia. Cuando Jorge presentó al teniente lo reconocí de inmediato.

—¿Y qué te dijo?

Sonrió maliciosamente.

—Creí que no te interesaba.

—No... no me interesa —reafirmé.

—Bien, si tú lo dices.

Escuché sin mirarla.

—Richard fue a la guerra después de terminar la carrera ya que su padre y como tú bien sabes fue un capitán distinguido.

—¿Su padre fue capitán...?

—Sí, mujer —frunció el ceño incrédula—, ¿no lo sabías?

—No, no lo sabía.

—Pero ahora ya lo sabes.

—¿Y por qué fue a la guerra?

—Dijo que su padre lo forzó a tomar las armas ya que toda su familia había ofrecido su servicio al gobierno y no imaginaba a su hijo mayor fuera de las líneas militares. Él aceptó con la única condición de que le permitiera terminar la licenciatura en letras. Aunque su padre se rio de él

cuando se lo informó, le permitió hacerlo.

—Jamás lo imaginé.

—Nadie lo imaginó porque nunca habló de ello, y yo no lo supe hasta que él me lo informó —se acercó a mi—. Y ha preguntado por ti...

—¿Por mí?

—Sí —afirmó alegre—. Dijo que la única persona por la que valdría la pena asistir, sería para verte a ti.

Me sobresalté... no creí lo que salía de su boca. ¿Verme a mí?

—Sabes que siempre fanfarroneaba cuando decía que deseaba ver a alguien.

—¿Acaso no te diste cuenta que lo decía por ti? ¡Quería darte celos, mujer!

—Basta, Leah, sabes que no fue por eso... Él siempre fue un frívolo, arrogante, altanero y poco caballeroso que siempre buscaba ser admirado por los jardines de la facultad con alguna muchachita ingenua. Y estaba segura de que deseaba hacer lo mismo conmigo. Pero como yo jamás se lo permití, nunca quitó el dedo del renglón. ¡Ese hombre era tan superficial!

—¿Tan superficial?

Escuché una voz fuerte y ronca a mi espalda y sabía perfectamente de quién provenía. Así que giré sobre mis talones y ahí estaba él...

Capítulo 2

Capítulo 2

— Richard...

—No sabía que me tenías en tan mal estima... ¿Tan arrogante te parezco?

Callé mis labios porque jamás lo vi venir. ¿Qué hacía aquí? ¿Por qué Leah no me avisó? Por qué no dijo que estaba a espaldas mía y escuchando atento nuestra conversación.

—Eres lo que eres y espero que hayas madurado, Richard —lo dije sin pensar.

—Sí. Tienes razón —he hizo una mueca—. Soy lo que ves. —y abrió los brazos de par en par para que yo deleitara mi vista con su escultural y soberbio cuerpo.

—¡Oh, Richard! ¿Por qué nadie me dijo que ya estabas aquí?

Noemí hizo su aparición, y tan pronto como pudo se lanzó a sus brazos. En cuanto escucharon el alboroto todas las demás se acercaron a él para saludar.

—¿Richard, en verdad eres tú? —inquirió Perla.

—Así lo parece —y la saludó con un beso en la mejilla.

—¿Por qué no me avisaste que vendrías a la fiesta si tenías mi número?
—dijo otra.

—La verdad es que murió mi celular y perdí todos mis viejos contactos. Por eso no pude contactarme contigo, Samanta.

—Richard, ¿cómo estás? —Daniela habló en un tono elevado para que le brindara su atención.

—Tan bien como me ves, Dany —expresó mientras devolvía una sonrisa.

—¿Es cierto que fuiste a Irak?

—Es cierto... —y estiró el brazo para sujetar su mano y atraerla hacia él. Con ternura depositó un beso en esa rosada mejilla mientras todas las demás admiraban su movimiento y deseaban que esos labios suaves se

posaran en sus propias mejillas. — Qué gusto de verte, cariño.

—¡Oh, Richard!, a ti es a quién quería ver. —dijo Noemí.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó Samanta

—Igual yo. —dijo otra.

—Y yo.

—También yo...

Siempre fue así, todas le revoloteaban y parloteaban sin cesar, le abrían su corazón de par en par para ver si aún tenía deseos de invitarlas a salir. Aunque la mayoría estaba casada no se inquietaban en lanzarle el calzón desmesuradamente, y él, como todo un don Juan tomaba lo que le ofrecían. Por mi parte di media vuelta y marché del sitio. Me instalé en otro grupo de personas que se descubrían a la distancia y charlando entre sí.

—Malvado Richard —dijo Terry en cuanto llegué—. Y yo que tenía planeado sacar a bailar a Daniela para mostrarle mis mejores pasos, y ahora veo, que no será así.

—¿Por qué?

—¿No lo ves, Emily? Seguramente será su pareja toda noche. ¿No te has dado cuenta cómo se le insinúa la chaparrita...?

Giré el rostro y los descubrí. Daniela no había perdido el tiempo cuando lo atrajo a la pista y lo sacó a bailar, lo sujetó por la muñeca y se lo había llevado consigo al centro del salón. Richard solo sonreía y se dejaba llevar. Sabía que había causado revuelo y lo disfrutó en su interior.

—Tendrías que haberte puesto más astuto para que no te la ganara, Terry —afirmé—. Además, ¿por qué no la sacaste a bailar primero tú? Sí aún sentías algo por ella tendrías que haber dado el primer paso, ¿no te parece?

—¿Y tú crees que se fijaría en mí? Solo míralo —y lo señaló—... Ese cabrón ni panzón, ni pelón, ni flaco se puso, parece que las líneas militares lograron realzar su figura de macho alfa. En cambio mírame a mí, mira que poco cabello me queda, mira esta panza que se ha hecho cada vez más y más grande —y la palpó—. Me atrevo asegurar que esto será mi

ruina. Yo... jamás tendré una mujer.

—Ja, ja, ja, —rio Pablo descontroladamente a su lado—, qué vanidoso me saliste, Terry. Te aseguro que, si te hubieras dedicado más al gimnasio y menos al bar tendrías un cuerpo tan atlético como aquel cabrón.

Sonreí y meneé la cabeza, era tan gracioso ver cómo lo desanimaba.

—¿O no, Emily?, desmiente aquí a mi amigo. Dile que nadie se va a fijar en él si no pone de su parte y se mete a un gimnasio para bajar esa panza de chelo. Díselo por favor.

—Pablo tiene razón —afirmé mientras él serraba los ojos muy desanimado porque sé que no quería escucharlo de mí—... Y sé que él te hará compañía.

—¿Qué? ¿Pero por qué, Emily...? Si yo ya amarré... Mira mi mujer que está platicando con Sandra. Yo no tengo porque hacerlo.

—Pablo, Pablo, Pablo —dibujé una sonrisa en el rostro mientras él la señalaba con la copa en la mano — ¿Acaso no te has dado cuenta cómo a tu mujer se le van los ojos por Richard? Mira cómo se deleita la pupila cuando pone su atención en la pista, mira cómo lo sigue con la mirada. Yo que tú iría al gimnasio con Terry para que no me la bajaran.

Giró el rostro y notó cómo Tania miraba excelsa a Richard.

—Maldito hijo de puta... —expresó furioso mientras se encaminaba a ella.

Yo reí. Era gracioso ver cómo se dirigía a ella y se la llevaba a otro sitio para que no escucháramos su reprimenda. Sabíamos que eso era algo inevitable puesto que Pablo era un hombre muy inseguro.

—¿Y qué me dices tú, Emily? —nuevamente se dirigió a mí— ¿Aún sientes algo por él?

—Yo... —giré el rostro sorprendida— para nada, Terry... él fue en el pasado y ahora solo somos conocidos.

—¿Quieres decir que nunca has conversado con él en todo este tiempo?, ¿nunca te ha llamado o te ha invitado un café?

—Así es —afirmé muy segura—. Nunca me ha buscado y ni yo a él. Y nunca quise hacerlo. Además, ¿por qué lo preguntas? Si tú bien sabes que soy casada.

—Pensé que tal vez tu y él...

—¡Oh, Terry! Vamos, deja de formularte historias banales sobre nosotros porque te aseguro que no hay nada entre él y yo.

—Entiendo, Emily... no tienes porqué ponerte tan a la defensiva conmigo. Sabes que tú y yo somos buenos amigos y creo en tu palabra. Además, sé que esa pulga maliciosa no brinca en tu petate, porque de haberlo hecho te hubieras casado con él, ¿o no?

—El hubiera no existe, Terry. Él y yo nunca fuimos compatible y ambos lo sabíamos. Aunque tú no lo creas soy una mujer muy posesiva y no me agrada para nada compartir lo que considero es mío. Y siendo como es él, y como soy yo, lo nuestro no hubiese funcionado.

—Podrías tener razón... ¿Pero, te fijaste que a la primera que saludó fuiste tú?

—Por favor —rodé los ojos incrédula—. Sabes que no es verdad. Yo estaba de paso y por eso me saludó.

—Sí...tan de paso que fue hasta el fondo del salón y esquivando a todas las demás solo para saludarte a ti.

—¡Ya basta!

Se rio mientras se pasaba una mano sobre el cabello... sabía cómo sacarme de mis cabales.

—¿Por qué tienes qué sacarlo a colación siempre que te veo...? Él ya fue, y punto...

Le solté un manotazo sin pensarlo.

—Sí, sí, sí. Lo que tú digas, pero no me pegues —y se rio de mí.

—¡Ash! ¡Como eres tan molesto! —y me aparté.

Antes de cruzar la sala me topé con mis excompañeras que aún seguían hablando entre sí.

—¿No crees que es fabuloso que se encuentre hoy aquí Richard, Emily? —Lo soltó Perla mientras se dirigía a mí—. ¿No crees que es un milagro que haya sobrevivido?

—Si tú lo dices.

—¡Oh, Emily! —rodó los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho, y con su posición altanera abrió irremediablemente esos rojizos labios—. Todos sabemos cuanto te atraía Richard y no es momento de hacerte la mojiata. ¡Eras tan arrastrada con él!

Si mis ojos fueran pistolas, esa Perla estaría fulminada con un solo tiro. Pero no, no quería ponerme a su nivel, no quería ser como lo fue y seguía siendo ella. En ese tiempo era bien sabido por el grupo lo mucho que se le insinuaba a Richard y este ni la pelaba. Las notas que dejaba a diario en su pupitre y en donde en una ocasión lo invitó a su casa de Malibú para festejar el cuatro de julio. Todos nos enteramos del echo ya que de regreso a clases le armó un mitote en cuanto lo vio sentarse en su pupitre. Le gritó y expresó enérgicamente lo molesta que se hallaba por haberle fallado cuando había prometido asistir. Dejó de hablarle por un par de meses, pero después de dos largas semanas se le pasó el coraje y nuevamente fue su fan.

—Creo que me confundes, Perla... Después de que corté con él, ¿acaso no eras tú la que lo buscaba?

Miré cómo su rostro comenzó a ponerse rojo de coraje y sin añadir nada más de mi parte me aparté de su lado. Me uní al grupo de Leah y charlamos otro poco.

Las horas transitaron veloz y decidí que era tiempo de regresar a casa. La niñera de Steve había mencionado que tendría un examen importante el lunes y que tendría que abandonar la casa como eso de las doce. Aunque Nathan estaba en su viaje de negocios, había sido capaz de enviarme un mensaje de texto para recordarme que no olvidara a nuestro pequeñín y que retornara tiempo a nuestro hogar. En cuanto lo leí tomé mis pertenencias y me dirigí al auto.

Me despedí de la mayoría y salí sigilosamente del lugar. Pero antes de tomar el picaporte de la entrada principal una mano masculina lo cogió primero.

Lo miré... y él sonrió como siempre lo había hecho.

—Permíteme.

Richard abrió la puerta sutilmente e hizo un ademán con la mano para que yo me condujera por ella.

—Gracias —respondí secamente y saliendo presurosa.

Él me siguió en silencio y pisando mis pasos, pero antes de que yo abriera

la puerta del auto él sujetó la manija.

—Podemos charlar, Emily.

No supe qué decir.